

EL LUGAR DE AMÉRICA LATINA EN UN MUNDO NUEVO

HUMBERTO GARZA ELIZONDO

LOS GRANDES CAMBIOS en Europa del Este y en el sistema económico internacional son apenas etapas en un proceso complejo y permanente a largo plazo: la globalización de la economía y de la política. Estos cambios están transformando la estructura del poder internacional y han dado lugar al surgimiento de un nuevo orden internacional.

Los cambios afectan en forma variable a los diferentes países y grupos de países, según su posición en la escala del poder internacional, sus relaciones con los centros de poder político y económico, y su propia capacidad para hacer frente a las nuevas condiciones. En este trabajo planteamos algunas reflexiones sobre los efectos de esos cambios en América Latina.

I

Las transformaciones en la Unión Soviética y en Europa del Este han modificado al mundo; están alterando el equilibrio del poder internacional. De una estructura bipolar rígida se ha pasado a una cada vez más laxa, con momentos de dominio de un solo polo (unipolaridad); esta última se encuentra a su vez en evolución hacia una estructura multipolar en la que predominan los factores económicos sobre los militares y los ideológicos.

En términos del equilibrio del poder internacional, los cambios debilitan a la Unión Soviética (al menos a corto plazo) y fortalecen a Estados Unidos y los países desarrollados en general. De esta manera, se pasa de un punto de equilibrio a una situación de desequilibrio internacional, que podría tener implicaciones imprevistas para todos los actores del sistema, incluido el actor dominante. Se crea un vacío de poder que busca llenar Estados Unidos con una "imagen" de poder,

alimentada con guerras como la del golfo Pérsico en las que despliega tecnología avanzada. En un mundo que cada vez se mueve más con base en “imágenes” de poder y no tanto en el poder real, la mera ilusión de fuerza resulta insuficiente para fundamentar un cambio de fondo.

Esta transformación de la estructura del poder internacional está dando lugar a lo que ya se denomina un “nuevo orden internacional”. En teoría, éste tendría los rasgos siguientes: una baja sensible de la tensión entre las dos superpotencias; avances concretos en el desarme nuclear; la desmilitarización de la economía y de la política; la negociación de los conflictos regionales; la “desideologización” y la “despolitización” de la política internacional; el realismo político y el pragmatismo, y el peso en aumento de los factores económicos.¹ Cabe observar que tal escenario resulta demasiado optimista.

En la reunión cumbre celebrada en Moscú del 30 al 31 de julio de 1991, el presidente George Bush afirma que los cambios en el orden internacional darán lugar a “un mundo de paz y de cooperación... , un mundo de intereses compartidos”. A su vez, Mijail Gorbachov habla de “un mundo más seguro para todos”.² Ciertamente, el nuevo orden internacional será diferente, pero no mejor que el anterior: no hay indicadores objetivos de que será más pacífico, más seguro, más estable o más equilibrado. Cabe aquí recordar que, en lo fundamental, se mantienen las premisas básicas con las que funcionó el viejo orden.

Los cambios internacionales no afectan en la misma forma ni con la misma intensidad a todos los países y grupos de países. Como resultado de los cambios hay ganadores y perdedores, a corto y a largo plazo. Esos cambios implican riesgos y oportunidades para América Latina, pero en ningún caso significan un impacto positivo *a priori*, porque sus efectos en la región dependerán: 1) de la forma en que los actores más poderosos del sistema reaccionan frente a los cambios; 2) de la forma en que reaccione América Latina; 3) de la forma en que evolucionen los cambios.

Los cambios internacionales no afectan directamente a América Latina, sino por intermediación de los centros de poder con los que la región está vinculada. En razón de que Estados Unidos es el interlocu-

¹ El origen, el desarrollo y las tendencias de los cambios internacionales se discuten en Ernest-Otto Czempiel y James N. Rosenau, *Global Changes and Theoretical Challenges: Approaches to World Politics for the 1990's*, Lexington, Lexington Books, 1989.

² Declaraciones del presidente George Bush y del presidente Mijail Gorbachov respecto a la firma del Tratado Start (Tratado para la Reducción de Armas Estratégicas) el 31 de julio de 1991, citadas en *The New York Times*, 1º de agosto de 1991.

tor dominante en las relaciones internacionales de América Latina, por conducto de este país la región experimentará los efectos de los procesos internacionales. América Latina será una de las regiones más afectadas, en razón de que Estados Unidos es sumamente sensible a los cambios por ser cabeza del mundo occidental y primera economía en el mundo.

El debilitamiento de la Unión Soviética y el fortalecimiento de Estados Unidos no son favorables para los países de América Latina. A raíz de la disminución del conflicto Este-Oeste, América Latina deja de ser un área en disputa entre las dos superpotencias. Se confirma así de manera incuestionable el predominio de Estados Unidos en la región. En un orden unipolar, nadie es más dependiente ni más vulnerable que América Latina. Las presiones y los costos derivados de ese orden son muy altos para esta región.

Es ampliamente conocida la tesis de que, al atenuarse el conflicto Este-Oeste y replegarse la Unión Soviética en el ámbito internacional, América Latina pierde un "aliado natural" en su lucha por contener la hegemonía de Estados Unidos. Es ésta una tesis sobre la que se ha discutido y escrito mucho; aun cuando difícilmente pueda llegarse a un consenso sobre la misma, no es posible ignorarla o descartarla en razón de la influencia que indudablemente ejerce en las percepciones del tema.³

La tesis "del contrapeso" a Estados Unidos ha estado siempre presente en los cálculos de las relaciones internacionales de América Latina. Se han considerado tres opciones a lo largo del siglo xx: 1) Europa, 2) la Unión Soviética y el campo socialista (en el que se incluye a Cuba), y 3) Japón. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Europa era la única opción y aunque dejó de serlo al terminar el conflicto bélico, siguió siendo la alternativa "por excelencia". A partir de 1945 la Unión Soviética emerge como rival principal de Estados Unidos y, por consiguiente, como interlocutor en potencia muy respetable. Desde mediados de los años sesenta, Japón es reconocido como uno de los ejemplos más sobresalientes de acumulación de capital en nuestros tiempos y, por ende, empieza a ser cortejado por los países latinoamericanos.

Cabe señalar que ni la prestigiada Europa, ni la "temible" Unión Soviética, ni el acaudalado Japón han estado a la altura de las expectativas de América Latina. Ninguna de estas tres potencias ha estado dis-

³ Esta tesis se explica en detalle y se ilustra con casos y situaciones concretas en Cole Blasier, *The Giant's Rival: The USSR and Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1987.

puesta a desempeñar el papel de “socio alternativo” de la región, debido a dos razones básicas: 1) la prioridad, para cada una de ellas, de su relación con Estados Unidos, que resentiría cualquier intervención en el área de influencia de este país, y 2) el escaso interés directo por América Latina. Los cambios en Europa del Este cancelan temporalmente a la Unión Soviética como alternativa, a la vez que vulneran y condicionan la opción europea y la japonesa. La supuesta “amenaza soviética” para América Latina fue siempre una exageración, alimentada más con la propaganda de Washington que con las capacidades e intenciones reales de Moscú.

II

Estados Unidos ocupa, sin lugar a duda, el primer sitio en las prioridades de América Latina. En cambio, a pesar de la proximidad geográfica, América Latina está lejos de ser la región más importante para Estados Unidos. En tiempos normales esta zona no es prioritaria para Washington: Estados Unidos se ha acercado a América Latina sólo en tiempos de crisis internacional, para proteger sus intereses estratégicos y de seguridad. En el pasado, la política de Washington respecto a América Latina osciló entre largos periodos de indiferencia y breves e intensos periodos de intervención.

A lo largo de la historia, Estados Unidos ha subestimado a América Latina, a la cual ha percibido a través de tres perspectivas básicas: 1) como parte del hemisferio occidental; 2) como esfera de influencia estadounidense, y 3) como territorio en disputa en el conflicto Este-Oeste.⁴ La primera perspectiva no tiene fundamento concreto; es esencialmente retórica y forma parte de la ideología del panamericanismo que divulga Washington. Quedan, entonces, las otras dos: la regional y la global. El trato a América Latina como región especial, importante en sí misma y por su relación con Estados Unidos, fue característico de buena parte del siglo XIX y de las primeras décadas del XX. Después de 1945, la perspectiva regional se relegó a un segundo plano, aunque no se abandonó por completo.

La perspectiva global empieza a dominar la política de Estados Unidos desde los primeros años de la Guerra Fría. Al surgir como pri-

⁴ Las perspectivas que sirven de base a la política de Estados Unidos para América Latina se identifican y examinan con objetividad en Harold Molineau, *U.S. Policy Toward Latin America: From Regionalism to Globalism*, Boulder, Westview Press, 1987, pp. 15-50.

mera potencia, este país cambia su percepción de América Latina: la importancia de la región deriva entonces del papel que desempeña en la competencia de influencias entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Con base en la perspectiva global, los intereses estratégicos y de seguridad determinan la política de Washington, no los factores internos de la región.

Estados Unidos ha intentado definir los conflictos sociales de América Latina en general (a partir de 1945) y de América Central en particular (entre 1979 y 1991) como problemas de carácter internacional y como escenarios de la competencia estratégica con la Unión Soviética, en vez de entenderlos como fenómenos sociales con raíces locales. Desde la perspectiva global, Washington puede argumentar que la seguridad de la región ha sido posible gracias a la protección de Estados Unidos; empero, América Latina resiente los obstáculos a su autodeterminación y la intervención de Estados Unidos en sus asuntos internos. En tanto Washington declara luchar para frenar el expansionismo soviético en América Latina, ésta busca contener la hegemonía de Estados Unidos. La obsesión con factores estratégicos e ideológicos, inherente a la perspectiva global, no propicia las respuestas inteligentes y pragmáticas necesarias para proteger los intereses de Estados Unidos en América Latina. En efecto, la incapacidad para tratar de manera realista los conflictos en la región bien puede agudizar las condiciones de inestabilidad que Washington quiere combatir.

La transición hacia un "nuevo orden internacional" influye en un cambio en las perspectivas de seguridad de Estados Unidos.⁵ A medida que disminuye la tensión internacional, Washington modifica sus percepciones respecto a su propia seguridad y la de los países de la región. Al mismo tiempo, en América Latina la disminución de la tensión internacional se ha reflejado en condiciones favorables para las "transiciones" a la democracia, el desmantelamiento de grupos armados y la búsqueda de soluciones negociadas a conflictos regionales. A su vez, estos desarrollos contribuyen a reforzar los ajustes en las perspectivas de seguridad de Washington.

La reacción de Estados Unidos frente a los cambios en Europa del Este ha empezado a reflejarse en su política para América Latina. La Iniciativa para las Américas del presidente Bush, que propone crear un

⁵ La influencia de los cambios internacionales en la política exterior y las perspectivas de seguridad de Estados Unidos se analiza en Barry P. Bosworth y Robert Z. Lawrence, "America's Global Role: From Dominance to Interdependence", en John D. Steinbruner (comp.), *Restructuring American Foreign Policy*, Washington, The Brookings Institution, 1989, pp. 12-47.

área de libre comercio en el continente, difiere de prácticamente todos los proyectos presidenciales para América Latina en las últimas dos generaciones, porque no tiene relación alguna con la lucha contra el comunismo. En razón de los cambios en Europa del Este, Washington puede darse el lujo de otorgar prioridad a los problemas económicos del hemisferio sobre las preocupaciones de seguridad.

Las iniciativas anteriores se basaban en la idea de mantener a la Unión Soviética y al marxismo alejados del hemisferio. Es larga la lista y se remonta a los primeros años de la Guerra Fría. Más recientemente, la política para América Latina durante la presidencia de Ronald Reagan (1981-1988) se dedicó, en lo esencial, a combatir las fuerzas revolucionarias en Centroamérica. La Iniciativa de la Cuenca del Caribe fue básicamente una respuesta a los avances de la izquierda en el área. En cambio, la propuesta de Bush orienta la atención hacia el deterioro económico que aflige a gran parte de América Latina desde hace diez años.

En opinión de Abraham Lowenthal, director ejecutivo del grupo Diálogo Interamericano, la Iniciativa para las Américas es "grandilocuente pero vaga. . . no es específica ni en las propuestas ni en los ofrecimientos que plantea, pero es un indicador de que Washington está interesado, al menos en el plano conceptual, en una nueva relación con los países de la región".⁶ La iniciativa de Bush para crear una zona de libre comercio podría ser un paso muy importante en este sentido, aunque es igualmente probable que la iniciativa no pase de ser muchas palabras y pocos hechos. Lowenthal afirma que Bush reconoce tácitamente lo inevitable: que la región no puede pagar su deuda externa. Su proyecto implica la decisión política de Estados Unidos de establecer una relación más estrecha con América Latina en tiempos de grandes cambios mundiales.

Es necesario reconocer las percepciones de seguridad divergentes y en ocasiones contradictorias de Estados Unidos y América Latina, si se quiere entender sus relaciones. Para los latinoamericanos, nunca ha sido fácil comprender lo que el gobierno de Estados Unidos considera como amenazas a su seguridad provenientes de América Latina.⁷

⁶ Citado en *The New York Times*, 6 de agosto de 1990. Véase también *Las Américas en un mundo nuevo: Informe del Diálogo Interamericano para 1990*, Washington, The Aspen Institute, 1990.

⁷ En concreto, los intereses de seguridad de Estados Unidos en la región se pueden definir como sigue: 1) impedir el establecimiento de bases militares de potencias hostiles en la región; 2) impedir que América Latina sea usada como base para un ataque estratégico o para actividades terroristas o subversivas contra Estados Unidos; 3) mantener el hemisferio libre de la influencia de potencias hostiles; 4) contener las

En cualquier caso, las percepciones de Estados Unidos son diferentes de lo que piensan los países de la región sobre su seguridad y las implicaciones de ésta para los intereses estadounidenses. Históricamente, Estados Unidos ha privilegiado factores militares en las percepciones de su propia seguridad y la de América Latina, mientras que los latinoamericanos han otorgado siempre más importancia a factores económicos. A consecuencia de los cambios internacionales, han surgido condiciones que favorecen la convergencia de ambas posiciones.

Los cambios internacionales requieren una adecuación en la política de Estados Unidos frente a América Latina.⁸ Es probable que Washington deje de invocar de manera automática e indiscriminada la perspectiva global y recupere el uso de la regional en su política; esto es, que aprecie a los países de la región por sí mismos, por sus méritos intrínsecos.

En el nuevo orden internacional, es muy probable que América Latina sea reubicada en un nivel más alto en la lista de prioridades de Estados Unidos. Ahora bien, un nivel más alto no es necesariamente un mejor nivel: América Latina habrá de recibir más atención de Washington, pero esto no siempre se traducirá en beneficios o ventajas. Mayor atención bien puede significar mayor vigilancia, supervisión más estricta y, por ende, la tentación de Washington de intervenir más en los asuntos internos de la región.

Por otra parte, la política de Estados Unidos habrá de volverse más selectiva. América Latina ya no se verá como un conjunto homogéneo. Se identificarán claramente aquellos países que tienen interés para Washington y aquellos que no lo tienen. Voceros del gobierno estadounidense han manifestado ya interés primordial por los siguientes: México, Brasil, Argentina, Chile y Venezuela, en primer lugar; Colombia y Perú, en segundo.⁹

fuerzas revolucionarias locales que buscan un cambio del *statu quo* en el hemisferio, y 5) mantener el acceso a los recursos estratégicos de la región. Los intereses políticos de Estados Unidos en América Latina incluyen: 1) apoyar a gobiernos estables que respalden los intereses estratégicos de Estados Unidos en la región, y 2) apoyar a gobiernos que compartan la visión estadounidense del orden internacional. Un interés político menos tangible reside en que las relaciones con América Latina reflejan la reputación mundial de Estados Unidos. De esta manera, los conflictos en la región pueden ser importantes no tanto por la amenaza que le planteen a los intereses de Estados Unidos, sino en razón de su impacto en la credibilidad de la política global de Estados Unidos. Véase Molineau, *op. cit.*, pp. 9-11.

⁸ Véase un análisis más amplio de este punto en Bosworth y Lawrence, *op. cit.*, pp. 23-27.

⁹ Citado en *The New York Times*, 23 de febrero de 1989.

III

El conflicto Este-Oeste ha significado no sólo la contención mutua de Estados Unidos y la Unión Soviética, sino también la contención de otro conflicto —de extrema gravedad— entre Norte y Sur; este último no tiene fácil solución, si es que hay alguna. Intentar dirimirlo con seriedad y profundidad significaría, para el Norte-Oeste, renunciar al “modelo de industrialización” y al “estilo de vida” que ha seguido hasta ahora. Existe un vínculo innegable entre el conflicto Este-Oeste y el conflicto Norte-Sur. La tensión entre socialismo y capitalismo es o era, en esencia, una variante del antagonismo entre pobres y ricos, distorsionada por la ideología y por la carrera armamentista. A su vez, los malos términos de la relación entre países pobres y ricos han dado lugar a una contaminación atmosférica creciente y al parecer irreversible, que está destruyendo la capa de ozono y elevando la temperatura de la tierra. No es casualidad que los países menos desarrollados estén en desventaja frente a los industrializados en ambos conflictos y, por extensión, en cualquier negociación para intentar aliviarlos.

En el marco del conflicto Este-Oeste, aumentó en forma notable la distancia entre los países del Norte y los del Sur. El Departamento de Asuntos Económicos y Sociales (DAES) de la Organización de Naciones Unidas indica en su *Estudio de la Economía Mundial (1990)* que el ingreso medio por habitante de los países industrializados es 50 veces superior al de los menos desarrollados, y que el aumento anual de esa renta (de aproximadamente 300 dólares) en los países ricos es de la misma magnitud que toda la renta per cápita de los países pobres.¹⁰ Las consecuencias empobrecedoras del conflicto Norte-Sur se sienten en más de 100 países donde habitan cuatro quintas partes de la población mundial.

Por otro lado, si los países del Norte toman en serio el “conflicto ecológico” —muy descuidado durante varias décadas en el marco del conflicto Este-Oeste, pero que hoy se manifiesta de manera alarmante en el deterioro atmosférico—, deberían por interés propio exportar a los países del Sur y a los países del Este, de inmediato, las tecnologías más modernas y menos dañinas al ambiente, y deberían hacerlo en calidad de “ayuda para el desarrollo”, prácticamente sin cobro.¹¹ Las

¹⁰ United Nations, Department of International Economic and Social Affairs, *World Economic Survey*, Nueva York, 1990, pp. 92-93.

¹¹ La relación entre el conflicto Este-Oeste, el subdesarrollo económico y el deterioro ambiental se documenta en United Nations, Environment Programme, *Disarmament, Environment and Sustainable Development: A Time for Action*, Nueva York, 1990.

élites de cualquier país del Norte son las grandes beneficiarias de la explotación de los recursos naturales en todo el orbe, y se les señala como responsables principales de la contaminación y del deterioro ambiental. Los países industrializados son los “grandes deudores ecológicos”, por lo que deberían disponerse a financiar la reconstrucción ecológica del planeta. La tesis de la “deuda ecológica” es una de las ideas que están invocando los países en desarrollo en las negociaciones sobre el tema.

El conflicto Este-Oeste tuvo repercusiones profundas en América Latina, que por su complejidad y sus alcances no siempre se asocian directamente con ese conflicto. Los países de la región vieron “contenidos” sus procesos de desarrollo político y económico; esto es, se vieron obstaculizados y limitados en el plano interno, lo cual se reflejó en retraso respecto de otras regiones, concretamente, en rezago frente al exterior. América Latina atraviesa entre grandes dificultades los años de la Guerra Fría (1945-1990):¹² pasa del militarismo con crecimiento económico de los años cincuenta al autoritarismo nacionalista y populista con estancamiento de los años sesenta y setenta, y de ahí a las democracias en crisis financiera de los años ochenta, periodo al que se refieren los economistas como “la década perdida”. En retrospectiva, América Latina pierde no una sino varias décadas en el curso de la Guerra Fría.

El citado *Estudio* de la ONU pone en tela de juicio la eficacia de los “ajustes” económicos en América Latina y el Caribe durante el decenio de los ochenta y advierte que en los años noventa la deuda externa seguirá impidiendo el desarrollo de las economías en la región. En el umbral de su segunda década, la “crisis de la deuda” proyecta sobre los países latinoamericanos una sombra de estancamiento o retroceso; éstos han sufrido una “hemorragia” masiva de recursos financieros aun después de recurrir a mecanismos diversos para reducir y reestructurar sus deudas. Salvo en dos o tres países, la inversión siguió estanca-da o disminuyó, mientras que el servicio de la deuda y la falta de recursos financieros externos siguieron siendo obstáculo para el crecimiento del hemisferio, según se afirma en el *Estudio*.¹³

El panorama previsto por el DAES es sombrío; este organismo no vislumbra solución para los problemas actuales, y su mejor hipótesis es que “los países fuertemente endeudados podrán soportar la carga

¹² Se ofrece una perspectiva histórica de los costos de la Guerra Fría para América Latina en F. Parkinson, *Latin America, the Cold War and the World Powers, 1945-1973: A Study in Diplomatic History*. Beverly Hills, Sage Library of Social Research, 1974.

¹³ United Nations, “World Economic...”, *op. cit.*, pp. 203-204.

de la deuda durante otro decenio, si las condiciones económicas internacionales lo permiten y la situación política interna es favorable".¹⁴ En casi todas las regiones del mundo la situación económica dista mucho de ser satisfactoria, y la perspectiva de que no haya mejoría sustancial a corto plazo crea temor. En el caso de América Latina y el Caribe, el DAES se preguntó: "¿Por qué, después de tantos años de ajustes en el decenio de los ochenta, las economías aún no se liberan de la trampa de la deuda? ¿Por qué continúan el estancamiento y la hiperinflación en varios países, incluidos algunos que antes tuvieron éxito?"¹⁵

Al perfilarse una "nueva división internacional del capital y del trabajo", una alternativa para América Latina es la inserción "pasiva" y desventajosa en la economía internacional, de acuerdo con las necesidades de los países industrializados. Sin embargo, este tipo de inserción no aumenta la capacidad interna de innovación tecnológica. Esta alternativa implica la exportación de recursos naturales mientras tengan demanda o hasta que se agoten, o la manufactura de productos obsoletos que en principio no promueven el crecimiento a largo plazo. La dinámica de esta alternativa está determinada y dirigida desde fuera por actores y objetivos extranacionales, que con frecuencia se oponen a los intereses propios de América Latina. Eso equivale a entregar a "agentes externos" la responsabilidad de decidir el presente y el futuro de la economía nacional.

Una alternativa muy diferente consistiría en crear un núcleo endógeno de productores capaz de sostener el desarrollo técnico necesario para penetrar con éxito el mercado internacional. Deben hacerse esfuerzos por integrar los avances científicos y técnicos en la estructura productiva nacional. En vez de una estrategia de industrialización ajena, importada, América Latina requiere una que haga de su población y sus recursos nacionales un factor decisivo en su propio destino.¹⁶ Esta estrategia no es estrictamente económica; en tanto uno de sus ingredientes centrales es la voluntad política para decidir de manera soberana respecto del interés nacional y resistir presiones del exterior en sentido contrario.

Tal y como ha ocurrido a lo largo de la historia, tal y como ocurrió

¹⁴ *Ibid.*, p. 212.

¹⁵ *Ibid.*, p. 215.

¹⁶ Sostiene esta tesis Fernando Fajnzylber, "Democratization, Endogenous Modernization, and Integration: Strategic Choices for Latin America and Economic Relations with the United States", en Kevin J. Middlebrook y Carlos Rico (comps.), *The United States and Latin America in the 1980's: Contending Perspectives on a Decade of Crisis*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1986, pp. 131-166.

en el viejo orden internacional (1945-1990), hoy establecen las reglas del juego los países con poder militar y económico; los países débiles no participan en su diseño. En la nueva división internacional del capital y del trabajo, los países en desarrollo tendrán que jugar con las reglas de los industrializados, con las que difícilmente podrán competir con ventaja, menos aún ganar. No aceptar esas reglas los dejaría fuera del juego y los condenaría a mayor marginación; por otra parte, al aceptarlas corren el riesgo de vulnerar o incluso perder su soberanía nacional.

IV

A) Los cambios internacionales tienen efectos tanto en la dimensión “internacional” como en la dimensión “externa” de América Latina: la primera se refiere al lugar y al papel de América Latina en el sistema internacional, los cuales le son “adscritos” por la estructura y la dinámica del sistema y no dependen de los gobiernos nacionales; la segunda se refiere a las decisiones que toman los gobiernos respecto a la defensa y promoción de sus intereses en el ámbito internacional. Por conducto de estas dos dimensiones, los efectos de los cambios internacionales se comunican al ámbito interno.

- A raíz de la alteración del equilibrio del poder internacional y de la consiguiente transición a un nuevo orden internacional se modifican el lugar y el papel de América Latina en el mundo.

- Los cambios internacionales no son necesariamente positivos para los intereses de América Latina; la tesis de que fortalecen a la región y aumentan su capacidad de negociar está sujeta a comprobación. Hasta ahora, lo que puede afirmarse es que la capacidad de maniobra global de América Latina experimenta transformaciones y ajustes a corto y mediano plazos.

- La disminución del conflicto Este-Oeste reduce considerablemente el control de la Unión Soviética sobre los países de Europa del Este, a la vez que favorece de manera notable el aumento del control de Estados Unidos sobre América Latina. En un orden unipolar, ninguna región es más dependiente ni más vulnerable que América Latina. Las presiones y los costos derivados de ese orden serán muy considerables para la región.

- Debido a los cambios internacionales, América Latina pierde terreno y posiciones; pierde “peso específico” en la economía y la política mundiales; pierde capacidad para negociar en defensa de sus intereses.

- Aumenta la “interdependencia” de América Latina respecto del sistema económico internacional en su conjunto; más concretamente, aumenta la dependencia de la región respecto del exterior, en particular respecto de Estados Unidos.

- América Latina se internacionaliza, cobra mayor conciencia de los grandes procesos internacionales y de sus efectos en la región. Se realizan esfuerzos por participar en ellos y evitar así quedar rezagada y al margen.

- En el nuevo orden internacional, las posiciones y las ventajas de los países estarán en correspondencia proporcional con el nivel de desarrollo económico que hayan alcanzado al momento de los cambios: a mayor desarrollo corresponderán una mejor posición y mayores ventajas en la competencia económica. En razón de la crisis que la agobia, América Latina está en desventaja y mal preparada para hacer frente a dichos cambios.

B) Los cambios internacionales tienen efectos concretos en la política exterior de los países de América Latina:

- Se transforma la naturaleza y se ajusta la orientación de la política exterior de los países de la región. Se experimenta un reacomodo de los factores que componen esta política; aumento del factor económico baja de los factores militar, ideológico y político. Se redefinen las funciones tradicionales de esta política; se reduce la función “simbólica” y aumenta la “utilitaria”.

- Aumenta la importancia relativa de la política exterior en el contexto de la política nacional, al mismo tiempo que ésta adopta un tono moderado.

- Se reduce la distancia entre la política interna y la política exterior. La segunda está más en contacto con la realidad interna y en consecuencia busca satisfacer necesidades y solucionar problemas concretos en el ámbito nacional. La política exterior se vuelve más realista y pragmática; empieza a entenderse como un instrumento útil para combatir los grandes problemas nacionales.

- Conceptos como “independencia”, “nacionalismo”, “soberanía”, “autonomía” y “seguridad nacional”, que tradicionalmente han tenido un papel central en las políticas exteriores de los países de la región, están sometidos a debate para revisarlos y redefinirlos en respuesta a presiones generadas por la interdependencia, la internacionalización, la regionalización y la globalización.

C) En el ámbito interno, los cambios:

- Favorecen la “apertura” al exterior. Acentúan la influencia de

factores externos en la toma de decisiones y la aplicación de políticas internas. Hacen más fácil aceptar las condiciones de los organismos financieros internacionales y las presiones de los centros de poder político y militar. Los cambios internos son una reacción a los cambios externos.

- Facilitan la internacionalización de los procesos internos, esto es, los temas internos se proyectan más allá de las fronteras nacionales. Este fenómeno es la continuación del anterior, aunque su fuerza y su impacto son menores.

- Propician que se piense cada vez más en términos de interdependencia de los estados.

- Favorecen la “liberalización” de la economía y de la política interna. Acentúan la influencia de los principios y valores del liberalismo. Este fenómeno ocurre aunque la “crisis del socialismo” no signifique necesariamente el triunfo del capitalismo. El de hoy es un capitalismo diferente del de otros tiempos, con un carácter más “agresivo” y más competitivo.

- Favorecen la “desestatización” de la política y de la economía. Se diagnostica una “crisis del Estado” y por consiguiente se busca una “reforma del Estado” que reduzca su tamaño y lo vuelva más eficiente en el plano interno y competitivo en el ámbito internacional.